

el reto lanzado por un hermano de reencontrarse con otro tipo de letras. De volver a escribir para él. De inventar. Así nace *Estaciones de relato*, una obra autoeditada sin más pretensiones que las de narrar cuatro escenas que se agolpaban en su mente. Hablan del valor, de la muerte, del reconocimiento y de esos héroes cansados que tanto abundan en el padre de Alatriste.

En la actualidad, Íñigo González vive con su mujer y sus dos hijos en Imarcoáin, el pueblo que le adoptó y que le regala la tranquilidad necesaria para seguir sentándose ante un ordenador y teclear historias.



**Goñi,
Fermín**

(Pamplona, 1952)

135

Una buena escuela

Uno no elige dónde nacer ni tampoco quiénes son sus padres (con el tiempo, cada quisque puede optar por estudiar esto o aquello, juntarse con la persona que desea y vivir donde más le guste o le convenga). Por esa circunstancia tan común, no tuve opción para decidir a qué colegio iba a ir cuando tenía ocho años (antes, como muchos otros, pasé por uno de monjas), ni siquiera cuando llegué a los catorce. Pero circunstancias que no vienen al caso hicieron que acabara pasando cuatro años del Bachillerato, los últimos, en un centro que, teniendo -creo que injustamente, de acuerdo a mi experiencia- fama de duro, casi de reformatorio, me moldeó como persona y me orientó para el futuro. El colegio era el internado de Lecároz, que dirigían con buena mano un numeroso grupo de esforzados y sabios capuchinos. Allí, con la habitación orientada hacia el caserío de Atxeborroa, oteando al final de la estampa el palacio de Aroztegia, y unas aulas que

tenían el magnífico paisaje de la suave ladera de Garzáin, aprendí mucho: primero, a estudiar; después, a jugar a pelota y, simultáneamente, a leer. El colegio de Lecároz tenía dos bibliotecas: una para los alumnos y otra la propia del centro (casi 60.000 volúmenes). De la primera leí todo lo que en cuatro años se puede. De la segunda, a la que accedía acompañado por el padre Fernando Berástegi (yo era uno de sus “protegidos” y entraba en una zona donde los alumnos no estaban autorizados), me quedó una incipiente bibliofilia que se fue acrecentando con el paso de los años y que hoy perdura con mucho vigor.

Tuve la fortuna de que el rector del colegio, P. Ricardo Enecoiz, fuera un devoto lector de Gabriel García Márquez y de que me contagiara de la misma pasión, cuando todavía Gabo no era el autor genial que acabó siendo. De ahí proviene mi afición a la lectura y mi deseo de estudiar Periodismo, que ya plasmé cuando a los dieciséis años edité en multicopista la primera revista que los alumnos imprimían en el colegio, que dirigía yo mismo: El Ché. Eran los años en los que Ernesto Guevara era nuestro héroe. Esa inclinación por el periodismo, la literatura iberoamericana, la América hispana en suma, han hecho que acabara escribiendo sendas novelas sobre dos de los héroes de su independencia: *Los sueños de un libertador*, que tiene como protagonista al general Miranda (cuya vida, créanme, no tiene parangón), y *Todo llevará su nombre*, que narra las dos últimas semanas con vida de Simón Bolívar.

Me formé como periodista, profesión que he ejercido muchos años, y siguiendo el dictado de García Márquez, a quien conocí y traté, he acabado como novelista. Siempre entre libros, diccionarios, palabras en suma. A escribir se aprende, primero, leyendo. Luego, escribiendo. El periodismo -lo dijo el propio García Márquez- fue una buena escuela.

136

